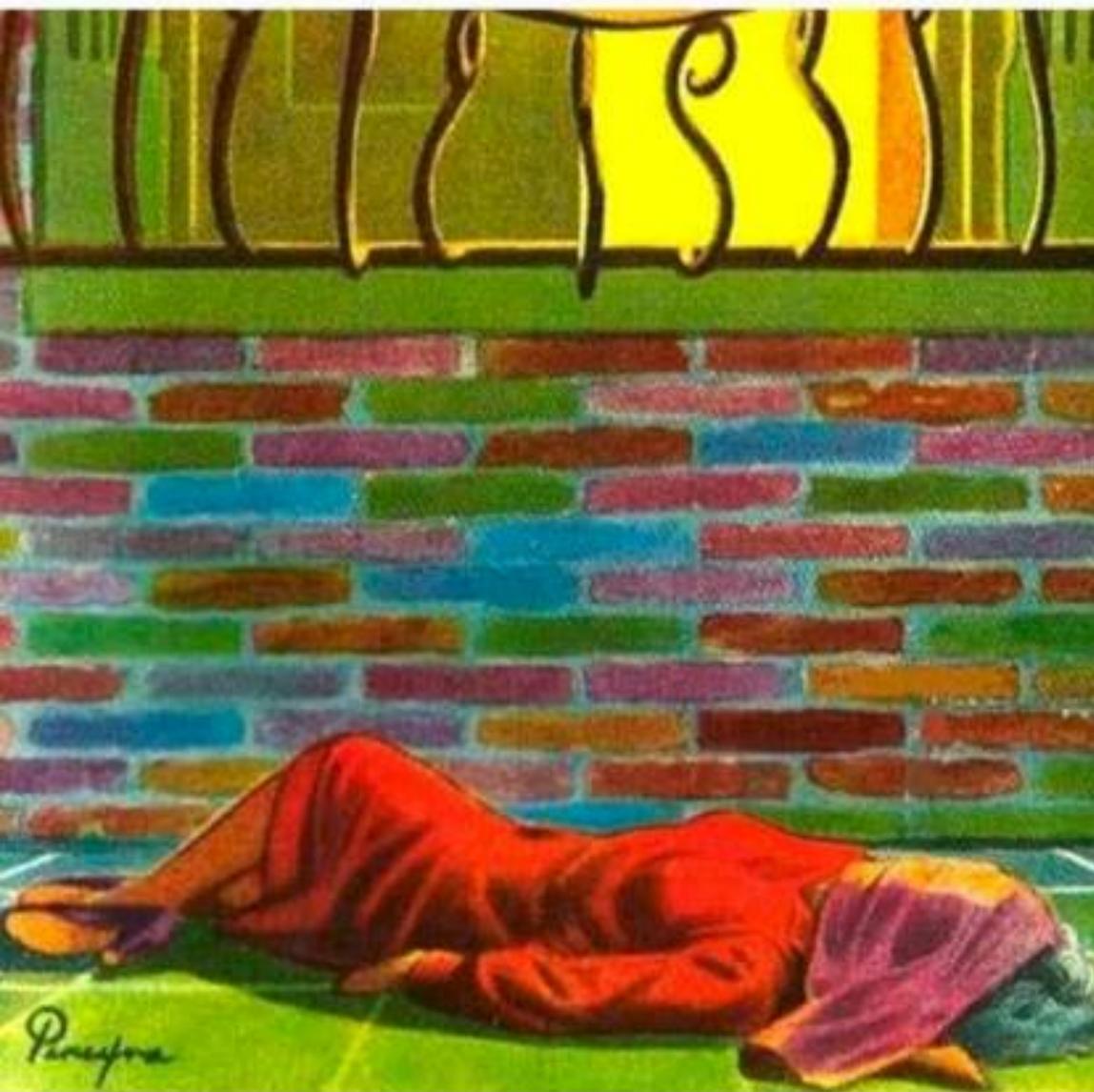


# EL MISTERIO DEL GRABADO

98

ELIZABETH DALY



COLECCION

Rastros

La señorita Julia Paxton tiene un misterio que sólo Gamadge podría resolver. El grabado enmarcado de Lady Audley siempre había colgado en el pasillo de la mansión Ashbury. La señorita Paxton lo recordaba desde su niñez, y ahora era una mujer de setenta y cinco años. Pero nunca en esos años había visto una palabra escrita en el retrato. De hecho, no había habido ninguna allí hasta después de la visita el pasado domingo de Iris Vance, medium profesional. Entonces apareció la inscripción, fechada en 1793. ¿Pero, cómo? Gamadge podía decir que la escritura era genuina, incluso podía explicar su presencia sin invocar lo sobrenatural... Pero no pudo evitar que el secreto de Lady Audley condujera a un horrible asesinato.

## CAPÍTULO I

**B**ien podría haber sido una casa desocupada: las ventanas, ocultas por las persianas cerradas; las columnas del pórtico, cubiertas de dibujos y frases infantiles trazados con tiza; la puerta de entrada necesitaba una buena mano de pintura; el polvo y las hojas muertas de los arbustos de la avenida se amontonaban sobre el umbral.

La casa aparentaba tener dos entradas, una sobre la otra, lo cual no era nada raro en Park Avenue desde los días en que todas esas mansiones perdieron sus escalinatas ante el paso del progreso. Había sido remodelada de la manera más fácil y rápida, abriendo una nueva entrada en el lugar ocupado antiguamente por una de las ventanas del subsuelo, convirtiendo lo que fuera la puerta principal en un balcón rodeado por una baranda ornamental.

Aquel atardecer de diciembre, cuando Gamadge contempló las ventanas cerradas, se dijo que la señorita Paxton, que residía allí temporariamente como cuidadora y representante de los dueños, usaba las habitaciones de atrás para estar tranquila. Empero, al echar un vistazo a la avenida, reflexionó que era ése uno de los barrios más tranquilos de Nueva York: lejos del centro y con casas particulares — muchas de ellas desocupadas— a ambos lados de la calle.

También ese edificio quedaría desocupado muy pronto, desocupado y en venta. La señorita Paxton, según se la describiera su esposa, no era una anciana a la que le agradaba el abandono o la falta de higiene: pero tal vez no le agradaba derrochar el dinero del dueño en poner las cosas

en condiciones durante el breve tiempo que viviría allí, y ella poseía muy pocos medios de fortuna para hacerlo por cuenta propia.

Gamadge consultó su reloj. Eran casi las cinco, hora fijada para su visita. Recordó que no debía llamar; la señorita Paxton le había dicho por teléfono que dejaría la puerta sin llave. No le agradaba subir y bajar por la escalera y la sirvienta era sorda.

Él protestó un poco al oír que la anciana se proponía dejar la puerta abierta; pero le preguntó quién iba a saber que no estaba cerrada con llave a una hora fija ese martes por la tarde. ¿Es que los rateros de Nueva York se pasaban la vida probando picaportes? Él admitió que probablemente no lo hacían; pero se dijo para sus adentros que la mujer no debería vivir sola en esa casa.

Julia Paxton, vieja amiga de la familia de su esposa, era vecina de Tarrytown. En los últimos años había ido muy rara vez a Nueva York. Esa mañana llamó por teléfono para informar a los Gamadge que estaba en la ciudad, ocupada en cerrar una casa por encargo de unos parientes suyos del oeste, y que le agradecería mucho ver de nuevo a Clara y conocer a su esposo. Todos sus antiguos amigos de la ciudad habían fallecido o no vivían ya en la gran urbe, y ella no conocía allí a nadie más que a los Gamadge. Clara se hallaba de viaje, y a Gamadge le pareció que era su obligación efectuar la visita en representación de su familia.

Abrió la puerta, entró en el desnudo y oscuro corredor, y la cerró tras de sí, haciendo girar la llave en la cerradura. A su derecha había una puerta cerrada, en el extremo del *hall* vio otra en las mismas condiciones y una escalera a su izquierda. Allí estaba otrora el sótano; pero se notaba que se había gastado dinero en ponerlo en condiciones después de remodelar la casa; el piso era de mosaicos grises y las paredes empapeladas en gris y oro.

Al llegar al pie de la escalera, vio que la sirvienta comenzaba a descender cargada con cepillos, estropajo y bal-

de. La mujer vio a Gamadge y se hizo a un lado para darle paso. Una persona demasiado sorda para oír la campanilla no demuestra interés en los visitantes; éstos no tienen nada que ver con sus obligaciones. Era una mujer de cara larga y pálida, con mechones de cabellos grises que le caían sobre la frente y la expresión propia de todos los sordos. Se mantenía algo agachada, como si pesara sobre ella el cansancio del trabajo diario. Su viejo vestido se levantaba un tanto en la parte trasera, dejando al descubierto un trocito de su enagua.

—La señorita me espera —anunció Gamadge en voz alta.

—¿Cómo dice?

—La señorita me espera.

—¡Ah! Sí, señor. Está en la parte trasera del primer piso.

Gamadge pasó por su lado, sintiendo el olor del jabón y del líquido para lustrar metales. Muy sospechoso en verdad tendría que ser el visitante para que la sirvienta lo detuviera en su camino.

Se encendió la luz del *hall* y una voz agradable lo saludó desde el rellano:

—Es usted muy amable, señor Gamadge. Lamento que tuviera que entrar en la oscuridad, pero nunca recuerdo la poca luz que hay en las casas de la ciudad.

Gamadge estrechó la mano de la señorita Paxton, quien estaba muy elegante con su vestido de algodón blanco y negro.

—Le agradezco que me llamara —dijo—. Clara lamentará mucho no poder verla; pero ella y el nene estaban con un principio de gripe, y la convencí de que fuera a pasar el invierno en el sur.

—Hace años que no la veo —repuso ella.

Echó a andar por un *hall* adornado por infinidad de grabados, y condujo a Gamadge a una habitación de imponente amplitud. Las persianas estaban cerradas, y sobre una mesa redonda ubicada entre las ventanas se veía una

lámpara, útiles de escribir, libros, revistas, el bolso de la señorita Paxton y una labor de aguja a medio hacer.

—Siéntese y póngase cómodo.

Julia Paxton indicó una silla situada frente a la suya, junto a la cual había una mesa sobre la que descansaba un botellón, varias copas y un trozo de torta.

—Quiero mirarlo —dijo ella, instalándose en su silla y observando a su visitante a través del cristal de sus anteojos.

Al devolver la mirada, Gamadge vio frente a sí un rostro surcado de arrugas y un par de ojos azules de expresión cordial. Ella vio a un hombre delgado, alto y de ojos verdosos que contaría unos cuarenta años de edad y la miraba con interés.

—¡Bien! —exclamó Julia Paxton—. De modo que usted es el esposo de Clara Dawson. Ella me escribió diciéndome que usted tenía muy buen carácter.

—También lo tiene ella. Por eso nos casamos.

—La gente no se casa por motivos tan razonables. Ella no me dijo mucho acerca de vuestro hijito.

—No habrá podido; el niño es imposible de describir. Lo mira a uno con expresión tan meditativa que me inquieta —Gamadge miró a su alrededor—. Parece que está usted muy cómoda aquí, señorita.

—Lo estoy. James Ashbury, ese primo segundo que es ahora dueño de la casa, me escribió diciéndome que me instalara en ella como si fuera mía. Pues bien, le mandé todos los vinos y licores que había en la bodega; pero me tomé la libertad de usar las botellas del aparador. Beba un poco de jerez, es muy bueno. Sirva para los dos, y coma un trozo de torta.

Gamadge hizo lo que le indicaban.

—Espero que no acostumbre a tomar el té por la tarde —agregó ella—. Nunca pude habituarme.

Mientras le pasaba la copa y el plato con la torta, Gamadge le aseguró que el jerez era lo que prefería.

Cuando ambos se hubieron servido, le preguntó cuánto tiempo había estado en la ciudad.

—Vine el veintiocho de noviembre, una semana después del Día de Acción de Gracias. Cerré mi vieja casita de Tarrytown y vine a pasar el invierno. Este trabajo que tengo entre manos me llevará bastante tiempo. Estoy liquidando todas las cosas que James no quiso que le enviara a California. Trataré de venderlas todas.

—¡Qué suerte tuvo de convencerla de que se ocupara de una tarea tan cansadora!

—Soy la afortunada en este caso —replicó Julia Paxton, después de beber un sorbo de jerez—. Siempre me he llevado bien con la familia, especialmente con mi primo Lawson, el padre de James, ex dueño de la casa y que falleció aquí la primavera pasada. Conozco bien la casa y su contenido, y me agrada este trabajo. Además, me resulta encantador pasar una temporada en la ciudad. Voy al cine con frecuencia, pues lo tengo a la vuelta de la esquina. De manera que puedo decir que estoy de vacaciones.

En ese momento apareció la sirvienta a la entrada del *hall*. Lucía ahora un enorme sombrero de fieltro y un abrigo que había visto mejores tiempos y que le quedaba un tanto corto.

—Perdone, señorita —dijo—. Me voy. ¿Quiere que le compre algo cuando venga mañana?

—No, gracias, señora Keate —repuso Julia, gritando con amabilidad.

La sirvienta giró sobre sus talones y marchó hacia la escalera.

—Espero que la tenga todo el día —dijo Gamadge—, y desearía que pasara con usted la noche.

—¡Oh, no! Viene sólo de tres a cinco todos los días, excepto sábados y domingos. Tuve suerte al conseguirla. Es muy difícil encontrar servicio.

—Lo mismo dice Clara.

—A ésta la conseguí porque antes trabajaba para mi primo Lawson. Ha sido una suerte. El encargado de las calderas, que vive en la casa contigua, se ocupa de sacarme el recipiente de desperdicios, en el cual echo muy poco, ya que almuerzo y ceno afuera. El desayuno, por supuesto, no me cuesta trabajo. En realidad, el cambio ha sido para mí algo muy agradable.

—Me alegro de que piense así.

—Voy de compras, visito los museos y me divierto mucho. En cuanto al frío, la calefacción es a keroseno, y no me cuesta mucho encenderla. Parece cosa de magia cuando la comparo con la caldera de mi casita de Tarrytown.

—Debe cenar alguna noche conmigo.

—Muchas gracias, lo haré encantada. Por ahora estoy muy ocupada con mis listas y escribiendo a los comerciantes. Ayer le mandé a James sus cosas.

—¿No se encuentra muy cansada por la noche? Si trabajara tanto como usted lo hace en un día, tendría que pasarme una semana en el hospital.

—¡Claro que no me canso! —negó Julia Paxton con énfasis—. Yo misma me ofrecí a hacer este trabajo. James sólo me pidió que me alojara aquí y dirigiese la tarea. Él no puede venir al este, pues está muy ocupado y su esposa es muy delicada... Fume si gusta.

Gamadge encendió un cigarrillo.

—La compañía de seguros y el administrador de la propiedad me recomendaron varios tasadores y comerciantes —continuó Julia Paxton—, y les he escrito a varios. Tengo interés en que me paguen buenos precios. James no espera mucho, y me agradaría darle una sorpresa. Le aseguro que todo lo que hay aquí es de muy buena calidad: alfombras, cuadros y muebles. Él mismo las eligió del inventario que le envié.

—No venda las sillas que necesita para sentarse.

—Tengo una colección muy interesante, ¿verdad? —la señorita Paxton miró a su alrededor con expresión divertida

— La he reunido en toda la casa. Este era el comedor, y allá atrás hay una espléndida despensa con una cocinita eléctrica y una refrigeradora. Es muy conveniente. Vivo en dos habitaciones: ésta y la de arriba, que es el dormitorio que usaban mis primos Lawson y Marietta. Me agrada tener que subir un tramo de escalones, como en casa, pero no quisiera que fuesen más de los necesarios.

—El señor Ashbury tuvo suerte de encontrar una persona como usted para que se ocupara de sus asuntos.

—Tengo muchos motivos para ser amable con la familia. Le diré por qué y debe comunicárselo a Clara, pues todos mis amigos saben muy bien que nunca tuve más de lo necesario para vivir regularmente.

Julia Paxton se arrellanó en la silla, copa en mano, y miró a Gamadge con expresión incrédula.

—Mi primo Lawson Ashbury me dejó tres mil dólares al año en su testamento. Tendré esa pensión durante toda mi vida.

—¡Qué buena noticia, señorita Paxton!

—Él y Marietta eran buenos amigos míos, además de ser parientes, pero no había necesidad de que hicieran tanto por mí. Es como un cuento de hadas. ¡Tres mil dólares al año! Ya no tendré que afligirme por nada. Apenas si tengo setenta y cinco años —agregó alegremente—. Es posible que viva veinte años más, como mi abuela.

—Con esa entrada podría tener aquí una mucama que viviera en la casa y la atendiese como se debe.

—¿Sabe lo que me costaría una mucama en Nueva York?

—Pues, sí, lo sé.

—No gastaré así mi dinero, se lo aseguro. Lo ahorraré para más adelante, cuando necesite una enfermera y dama de compañía —informó ella con cierta severidad—. ¿Sabe lo que cuesta una enfermera?

—Pues, sí. Se me ocurrió que sería más agradable si no estuviera sola durante la noche.

—En casa estoy siempre sola, y no tengo vecinos por todos lados como aquí. No, no; éste es el momento de ahorrar. Y estoy deseosa de demostrar a James mi agradecimiento, pues él y su familia fueron muy amables conmigo al dejarme ese fondo de reserva. Imagínese, al tres por ciento, el capital necesario para mi pensión debe ser de cien mil dólares.

—Mucho dinero.

—¡Ya lo creo! Y James me mandó sus felicitaciones. No debe recordarme muy bien, pues se trasladó al oeste cuando era muy joven, hace muchos años. Tiene un hijo y una hija a quienes nunca he visto, y se ha casado por segunda vez. Me alegro en verdad que sea un hombre próspero y disponga de dinero propio. De no ser así, me remordería la conciencia. ¡Casi la tercera parte de la herencia! La otra tercera parte fue legada a la Iglesia de Lawson, y el resto, como también esta casa, lo hereda James. ¿Pero qué puede hacer James con esta casona? Me han dicho que, tal como está, vale muy poco, y las otras casas vecinas no están en venta, de manera que nadie puede comprarlas para edificar departamentos.

—No se preocupe por James Ashbury.

—Hay otra persona por la que me preocupo un poco.

—¿De quién se trata?

Julia Paxton frunció el ceño.

—Mi primo Lawson tenía otra parienta, una sobrina nieta llamada Iris Vance. Los padres de ella murieron, y está sola en el mundo. Pero Lawson no le dejó nada.

—¿Por qué?

—Hubo una rencilla de familia, si así podría llamarla.

—¿Y el difunto Ashbury se desquitó con esa joven?

—Ella tuvo algo que ver. Fue por su causa que se suscitó el altercado.

—¿Algo que hizo?

—Sí, y sólo contaba diez años de edad en aquella época. Sin embargo... —Julia Paxton hizo girar la copa entre

sus dedos, mientras en sus ojos aparecía una expresión de desagrado—. Sus padres parecían ser personas muy cultas y agradables. Nunca pude comprenderlo. Yo los conocía bastante bien, pues solían venir aquí cuando estaba yo de visita, y todos íbamos juntos al teatro. Pasamos muchos momentos felices. Recuerdo cuando bajábamos por la escalinata, que ya no existe, y tomábamos un coche para salir a pasear. Los Ashbury siempre se desvivían por atendernos.

—¿Y qué ocurrió con los Vance? —preguntó Gamadge, que fumaba distraído.

—Los Ashbury sabían que los Vance eran aficionados al espiritismo. Esto no era causa de discusiones, aunque a mis primos no les agradaba. Vance era un artista muy bien educado y simpático; su esposa me parecía algo tonta, pero era también muy amable. Le diré, no eran médiums sino creyentes muy devotos. ¡Pobre Iris! Ella creció en medio de esa atmósfera y se le impartieron enseñanzas cuando se creyó que había desarrollado lo que ellos llamaban poderes psíquicos. ¡Fue médium desde su más tierna infancia! Era horrible. No lo hacía por dinero, ¿sabe?, lo cual empeora más las cosas.

—¿Sus padres la explotaban?

—Ellos decían que hubiera sido un crimen desviarla de su vocación. Los Ashbury nunca les permitieron mencionar el asunto. Venían aquí con la condición de no tocar ese tema.

—¿Cómo era la niña?

—Bastante bonita, pelirroja, siempre vestida de blanco y con aspecto un tanto misterioso, como si viviese en un mundo mejor que el nuestro, y como si supiese cosas que nosotros ignorábamos. Me resultaba muy molesta, aunque nunca decía nada impertinente ni fuera de lugar. Tenía muy buenos modales.

—Debe haber sido algo desagradable para los no creyentes —comentó Gamadge.

—Pero eso no hubiera impedido que los Ashbury los recibieran. Lo malo fue que un día que vino aquí con sus padres, ella hizo que sucediera algo.

—¿Qué? —Gamadge se mostró interesado.

—Los Ashbury nunca pudieron decírmelo. Soslayaban siempre el asunto, y los Vance no regresaron a la casa.

—¿Qué medida tan drástica!

—Debo explicarle que esas cosas tienen que haberles parecido mucho más serias a mis primos Lawson y Marietta que a la mayoría de la gente, pues creían que los médiums pueden realmente hacer que sucedan cosas misteriosas, aunque sólo por medio de los espíritus malos. Y aquello ocurrió en la sala —agregó Julia Paxton, lanzando una mirada hacia el tabique situado a su derecha.

—Eso es grave —dijo Gamadge—. Malos espíritus en la sala.

—¡Y atraídos por una niña! Y los padres se mostraron encantados hasta que Marietta se desmayó. La pobre tuvo que guardar cama durante una semana. No es extraño que Lawson no les dejara dinero para que gastasen en esas cosas. Pero mucho temo que no estaban en buena situación pecuniaria, y cuando recibí la noticia de mi legado y supe que Iris Vance no recibiría un centavo... Bueno, decidí comunicarme con ella. Cuando llegué a la ciudad, busqué su nombre en la guía de teléfono y la llamé para pedirle que me visitara. Vino el domingo pasado.

—¿Cómo es ahora?

—Una joven bastante bonita, con hermosos cabellos rojos y cutis muy blanco. Pero sus facciones no son muy definidas. Más se parece a un cuadro que a una persona.

—¿Un retrato de la nueva escuela francesa? —a Gamadge le complació la descripción de Julia Paxton—. ¿Un Laurencin?

—Pues..., sí.

—¿Y le resultó simpática? Casi diría que no, ¿eh?

—Estaba decidida a simpatizar con ella y..., bueno, quería averiguar cuál era su situación pecuniaria. Ella me dio una sorpresa al decirme que ahora era una médium profesional y ganaba bien con su trabajo.

—¡Vaya, vaya!

—Y parecía orgullosa de ello. Me pareció que se rió de mí todo el tiempo que estuvo aquí.

—¡Ah, estos adeptos! ¿Dijo a qué rama de la profesión se dedicaba? ¿Observa la esfera de cristal o lee las palmas de las manos? ¿O es toda una médium que cae en trance e invoca a los espíritus? Le aseguro que hay gran diferencia entre unos y otros.

—No le hice preguntas al respecto.

—Espero que la habrá interrogado respecto a una cosa.

Julia Paxton rió, aunque sin alegría.

—Le pregunté qué había ocurrido en la sala aquel día... No pude resistir la tentación.

—¿Pero no quiso explicárselo?

—Le aseguro que la habría sacudido. ¡Dijo que aquella tarde estuvo todo el tiempo en trance e ignoraba lo que ocurrió!

—Yo la hubiera sacudido. Estoy muerto de curiosidad.

—Lo mismo me ocurre a mí. ¿Sabe lo que he pensado algunas veces? Aunque no debería imaginar tal cosa de sus padres.

—¿Qué?

—Que ellos la instigaron a hacer lo que hizo para convencer a mis primos Lawson y Marietta y atraerlos a sus filas.

—Bueno, de eso se acusa a todos los fanáticos.

Al cabo de un momento de silencio, Julia preguntó:

—Hay muchas pruebas de esas cosas, ¿verdad?

—¿De las manifestaciones sobrenaturales? Muchísimas —repuso Gamadge—. Si las estudia, correría el peligro de convencerse antes de darse cuenta de nada. La mente suele jugarnos esas malas pasadas.

—No las estudiaré, pero... ¿Se reirá usted?

—¿De algo que me diga en serio? Por cierto que no.

—Desde el día que vino ella ha sucedido algo más..., o así lo creo. Y no hago más que preguntarme si será ella la responsable y si lo hizo para demostrarme sus poderes.

Gamadge se irguió en la silla.

—¿Qué quiere decir?

—Claro que no soy joven y suelo olvidarme de las cosas.

—No se olvidará tanto como yo.

—¡Estoy tan segura de esto! —Julia Paxton se puso de pie—. ¿Me permitirá que se lo cuente a mi manera?

—Cuéntemelo como guste.

Ella lo contempló con expresión algo intrigada.

—Me parece mejor contárselo poco a poco. No me gustaría que pensara que estoy mal de la cabeza.

—Estoy seguro de que no es así.

—Clara me escribió diciéndome que a usted le agradaban los misterios.

—Y me agradan, en efecto.

—¡Ah, si pudiera explicarme éste sin inmiscuir a los espíritus!

—Como quiera que lo explique, si logro hacerlo, le aseguro que no habrá espíritus en mi explicación.

—Eso me consuela.

La anciana le hizo señas para que la siguiera y se dirigió al *hall*, iluminado por globos sujetos a brazales de hierro forjado que sobresalían de las paredes. Los ojos de Gamadge se fijaron en los cuadros: bosquejos enmarcados, grabados y antiguas acuarelas.

—James no quiere ninguno de estos cuadritos —dijo Julia Paxton—. No me permitió que le mandara una lista detallada de ellos. Está seguro de que no tienen valor. Pero nunca los ha visto bien, como él mismo admite, y, por supuesto, he llamado a conocedores para que los tasen.

—A primera vista me inclino a creer que no encontrarán entre ellos ninguno de valor —comentó Gamadge—. Tal vez uno o dos de los grabados...

—A mi primo Lawson y a su padre les agradaba comprar grabados de los sitios que visitaban en el extranjero, como así también reproducciones de los cuadros famosos que más les habían agradado. Hay más en la biblioteca. Todavía no he revisado todos los armarios —Julia Paxton, que se había dirigido hacia la izquierda después de salir del comedor, se detuvo con los ojos fijos en un grabado colocado poco más arriba de su cabeza—. ¿Quiere examinar éste?